

ASTRALIS

LAS VIDAS DE
DUMAS & RIGEL

ANTONIO J. BAZALO

Título original: Astralis: Las vidas de Dumas & Rigel.
Licenciado bajo Creative Commons. Antonio J. Bazalo 2008.
Nº registro propiedad intelectual: MA-2007-00703
Barcelona. Julio de 2008.

Licencia Creative Commons: Se permite la libre distribución de la obra. Queda prohibida la distribución con fines comerciales. La libre distribución obliga al reconocimiento del autor original y a la no manipulación de la misma.

Visite la web oficial de Astralis en:

www.astralis-saga.com



EL MANDATO DEL DIOS ÚNICO

El faraón dormía bajo sabanas de seda, flanqueado por delgadas columnas de oro macizo. El símbolo de Bes, dios del sueño, gobernaba su cama.

-Abre los ojos -escuchó en su reposo-. Tú, elegido por los creadores del mundo.

Obedeció a su modo, pues creyó haberlo soñado. Sin embargo, al abrir los ojos, descubrió que la oscuridad de sus aposentos había sido sustituida por una intensa luz azul.

Se incorporó sobresaltado, y descubrió la fuente a los pies de su cama. Le era difícil sostener la mirada, la luz dolía, pero pudo adivinar más allá del resplandor una figura.

-¿Qué Dios sois? -preguntó.

-Yo soy el Dios de tus padres -le respondió una voz imponente-. El Dios de tus ancestros, de tu tierra y de todo lo que ha sido creado.

El faraón hincó la rodilla sobre la cama y se postró ante él.

-¿Con qué nombre os rezo?

-Con ninguno que sea o pueda ser pronunciado en este mundo. Soy el Dios único, el que soy. Y no oígo oración alguna de tus labios porque las dedicas a estatuas frías.

-Pero los dioses...

-No hay dioses -interrumpió la voz-. Sólo el Dios, yo, el que soy. Y me pronuncio ante tu lecho de mortal para que hagas llegar mi voluntad a cada hombre y mujer del mundo.

-Mándame pues, oh Dios de dioses -se ofreció el faraón, aterrado y avergonzado.

-Los falsos ídolos deben caer. La piedra de sus efigies deben quebrarse y la riqueza de sus templos servir a otro bien. Tu y tu pueblo me serviréis sólo a mí, el único Dios.

-¿Pero cómo lo haré? -le preguntó el faraón-. Soy faraón, pero no tendré a nadie a mi lado. Mi pueblo se pondrá frente a mí.

-Yo te enseñaré las palabras que herirán el orgullo de los herejes y te mostraré el camino a un nuevo pueblo que te seguirá.

-¿Quienes?

-Los esclavos hebreos.

-¿Los hebreos? -repitió el faraón, sorprendido por aquella revelación.

-El Hombre no debe ser esclavo de falsos hombres que creen en falsos dioses, sino de la Ley de Dios. Mi Ley. Darás la libertad a los esclavos y los unirás en torno a ti. Y entonces, los traerás ante mi presencia, cuando yo lo disponga.

-Así se cumpla, mi Dios -afirmó el faraón.

La presencia se desvaneció ante sus ojos. No volvería a perturbarle en toda la noche, pero el faraón permanecería desvelado hasta el alba.

Dos pisos más abajo, en una de las despensas, tres personas aguardaban impacientes: Rigel Alnilam, Lyrae Daustralis y la concubina Neferare. Delante de ellos tenían a Dumas, sentado en el suelo y con los ojos cerrados.

-Ahí esta -anunció Lyrae, y vio el cuerpo astral del caballero aparecer a través del techo. Fue la única capaz de verle, ya que Rigel y Neferare estaban bajo el influjo del Velo del Olvido.

Dumas volvió a su cuerpo y despertó.

-Ya esta hecho -afirmó mientras se ponía en pie.

-¿Se lo ha creído? -preguntó Rigel.

-Del todo -confirmó el caballero, satisfecho.

-Sigo sin creer que me hayáis convencido para esto -admitió Lyrae.

-Y yo sigo sin creer que permitamos que ella esté aquí -dijo Dumas en relación a Neferare.

-No hay nadie mas confiable que una concubina -repuso Rigel-. Danos detalles de tu encuentro con él.

-No hay mucho a destacar -le contestó Dumas-. Le he visto inseguro, eso es bueno. Como no puede ver mi cuerpo astral, tuve que crear un bonito espectáculo de luces. Funcionó.

-Perfecto -asintió Rigel, y se volvió hacia Neferare-. Tú nos informará de todo lo que ocurra a partir de ahora en palacio. Cualquier cambio que veas en el faraón nos lo comunicará.

-¿Cómo lo haré? -preguntó la joven.

-Nosotros contactaremos contigo -le contestó Dumas.

-¿Siguiente paso? -le preguntó Rigel al caballero.

-Vamos a visitar a los esclavos. Debemos prepararles.